

Alcalá de Henares
Conferencia a los sacerdotes
Card. Mauro Piacenza
Penitenciario Mayor

“La dirección espiritual en el ministerio del sacerdote”

La vida de todo hombre, en todo tiempo, tiene necesidad absoluta de un centro de gravedad.

Con mayor razón la vida del sacerdote, al que muchos le piden ser referencia y luz, reclama en todas las épocas un “centro” unificador.

En la experiencia sacerdotal contemporánea la necesidad de tal “centro” aparece entonces en toda su urgencia: de hecho, cuanto más fragmentada o incluso “líquida” está la cultura y cuanto más complejos aparecen los problemas pastorales, tanto más emerge con fuerza la necesidad de un “quicio” en torno al cual el ministerio sacerdotal tiene la necesidad vital de girar. En tal sentido, es del todo fisiológico que, dada la cultura circundante, exista, en el tiempo presente, sobre todo entre el clero más joven, una renovada exigencia de radicalidad, de pertenencia y de identidad. Cuanto mayores sean la desorientación y la fragmentación circundante, mayor será siempre la búsqueda de un centro unificador, sin el cual quedamos expuestos a cualquier “viento de doctrina” y de vida.

¿Dónde encuentra el sacerdote este “centro de gravedad”?

Éste no puede ser ni una idea, ni una opción voluntarista, ni la preferencial por los pobres, ni una funcional utilidad social, humanitaria o cultural.

Jesucristo, y sólo Jesucristo, es el centro de la vida, del mundo y de la historia, el centro de la existencia de *todos* los cristianos, consagrados a Él por el bautismo; y Jesús *Buen Pastor* es la modalidad específica con la que los ministros ordenados lo testimonian presente entre los hombres, actuando en la Palabra y los sacramentos, capaz de guiar cada existencia personal, la Iglesia y la historia del mundo.

1. La relación con el Buen Pastor, centro unificador de la vida sacerdotal.

El sacerdocio ministerial es icono de Cristo Pastor, que ofrece la vida por su rebaño (cfr. Jn 10, 1-18). El centro unificador de la vida sacerdotal, de la vida de aquellos que por gracia han sido hechos partícipes, mediante el sacramento del orden, del único sacerdocio de Cristo, es, por tanto, la inmersión en el misterio del Buen Pastor.

En el fondo, el diálogo de amor entre el Resucitado y Pedro –“¿me amas?, Tú sabes que te amo” (cfr. Jn 21, 15-17)– sigue siendo el secreto permanente de la vida de todo pastor: la pregunta sobre el amor hacia *Jesús Pastor* precede e inerva el mandato de *pastorear el rebaño*; si el ministerio presbiteral no emana permanentemente de este amor se reduciría a una “prestación pastoral”, adecuada más a un funcionario que a un ministro de Dios, y no sería el servicio de un pastor, que ofrece la vida por las ovejas.

La relación personal y eclesial con Cristo es la fuente de nuestra misma existencia y, al mismo tiempo, nos damos cuenta que la identidad sacerdotal “atrae” en sí misma la identidad psico-personal, viniendo a representar un todo uno, en el que no existe ya ninguna separación entre el hombre y el sacerdote, sino que el hombre es sacerdote y el sacerdote es hombre. Me vienen a la mente las palabras del gran teólogo alemán Moehler: “Yo pienso que no podría vivir si no lo sintiera hablar más”. Esta debe ser la actitud de la mente y del corazón de cada sacerdote, esta su constante referencia.

Esta relación fontal con Cristo (y en Él con el Padre y el Espíritu Santo) representa también siempre, para nosotros sacerdotes, el fundamento de cualquier otra relación. Por tal razón es necesario protegerla con una relación *directa* con Cristo, hecha de plegaria y contemplación. Es cierto que el ejercicio del ministerio directo es en sí mismo oración; sin embargo, para encontrar y reencontrar siempre el centro unificador de la vida, el sacerdote no podrá prescindir nunca de un estrecho contacto con el Buen Pastor, que fundamente frecuentemente su amor hacia Él; amor sin el que se puede ofrecer a los hermanos un tipo de servicio de tipo “corporativo”, pero no se contribuirá a la auténtica edificación eclesial. Si el ministerio no está sostenido constantemente por una oración auténtica, una meditación constante y una contemplación humilde y fiel, perderá, poco a poco, el horizonte de referencia, terminando por buscar compensaciones y gratificaciones, sucumbiendo al cúmulo de

ocupaciones, reuniones y “prestaciones ocasionales”, sin un verdadero y propio centro estable e impulsor.

Tal ejercicio del ministerio no podría resultar sino frustrante, inadecuado a las legítimas expectativas y del todo ineficaz en orden al anuncio del Reino y la llamada a la conversión de los fieles.

Todos sabemos demasiado bien cómo nuestras agendas, rebosantes de citas, en el fondo nos gratifican, dándonos la ilusión de ser “personas ocupadas” y en consecuencia “importantes”... pero cuanto más importante es tener algunas jornadas “vacías”, en las que el único empeño sea estar con Dios, estar con el Esposo, con el Señor de nuestra vida. Y esto no tanto por un “maquillaje” espiritual, cuanto como respuesta a una profunda exigencia del corazón.

Justo dentro de esta relación irrenunciable con el Buen Pastor nosotros sacerdotes somos impulsados a una suerte de saludable *descentramiento* de nosotros mismos. En cuanto “pastor”, de hecho, Cristo no se orienta a sí mismo, sino al rebaño: la relación con Él incita a la misión misma, y a orientar al verdadero bien del rebaño toda nuestra existencia.

El uso de la imagen del pastor, de parte de Jesús, tanto en la tradición joánica (cfr. Jn 10), como en la sinóptica (cfr. Mt 18, 12-15; Lc 15, 4-7) tiene una tonalidad fuertemente “centrífuga”: el “pastor” vive para la grey, presta atención amorosa a cada oveja, especialmente a la que se pierde.

Es un pastor que no se sienta cómodamente dentro del redil, sino que se pone “en marcha”, va a buscar las ovejas que están fuera, allá donde se encuentren. La conformación con Cristo *Pastor* hace florecer en los sacerdotes el deseo de la misión: conformación con Cristo y pasión misionera por los hombres no son en ningún caso movimientos alternativos, sino al contrario pertenecen a la misma dinámica “ontológico-sacramental-pastoral”, según el binomio “consagración y misión”, recientemente retomado por la *Presbyterorum Ordinis*” del Vaticano II, pero que ahonda sus propias raíces en el capítulo sexto del evangelio de San Juan.

Cuando es alimentada por una estrecha relación personal con Cristo Buen Pastor la obra de los pastores logra resistir la constante tentación del activismo, moviéndose en el horizonte del ofrecimiento de sí mismos.

Del mismo modo, cuando la relación con Cristo Pastor está sostenida por una auténtica dedicación al rebaño, entonces se vence cualquier posible tentación *intimista* y se enriquece con rasgos verdaderamente “pastorales”, esto es auténticamente relacionales, porque, para nosotros, la pastoral es siempre una relación.

Muchas de las crisis que hoy afligen a los sacerdotes –crisis a veces serpenteantes bajo el malhumor, las tendencias de pesimismo *horizontalista*, la búsqueda obsesiva de situaciones gratificantes– podrían ser atribuidas con razonable certeza a una inadecuada relación entre las dos dimensiones pastorales: la cristológica y la eclesial.

El activismo pone el acento exclusivamente sobre las iniciativas que hay que llevar adelante, el intimismo sobre la experiencia interior.

El ministerio presbiteral, sin embargo, como han evidenciado magistralmente *Presbyterorum Ordinis*, 13 y *Pastores dabo vobis*, 26, se nutre de entrambos aportes, al modo de un *círculo virtuoso* en el que la escucha de Cristo nutre y motiva continuamente el servicio (cfr. Marta y María: Lc 10, 38-42) y el servicio expresa y materializa la profunda comunión con Cristo (cfr. el paradigma del lavatorio de los pies: Jn 13, 1-19).

La misión sacerdotal, como la de Cristo mismo, se desarrolla en tres grandes *munera* o encargos, estrechamente entrelazados: anuncio de la Palabra (*munus docendi*), celebración de los sacramentos, en particular de la Eucaristía (*munus santificandi*) y guía de la porción del Pueblo de Dios encomendada por el Obispo (*munus regendi*) (cfr. *Presbyterorum Ordinis*, 4-6). La misión sacerdotal es la prolongación real, en el tiempo y en el espacio, de la misión apostólica (cfr. en particular Mt 28, 16-20), a través de la cual Cristo Resucitado se hace presente y operante en el hoy de la Iglesia como “Camino, Verdad y Vida” (Jn 14, 6).

El ministerio de la Palabra va desde el primer anuncio a la catequesis, de la homilía a la elaboración teológica; el ministerio de la celebración cubre todo el arco de los sacramentos, que acompañan a las personas desde el nacimiento hasta la muerte; el ministerio de la guía pastoral comprende los numerosos encuentros personales y comunitarios, las iniciativas culturales y sociales, con toda su carga organizativa, que exige discernimiento y empleo de energías.

La sacerdotal es, por tanto, una misión potencialmente amplísima, cuyos contornos, como en toda auténtica obra de arte o en una gran sinfonía, son precisados e individuados en las diversas realidades comunitarias en las que se está llamado a trabajar; y en esta “obra” deben tenerse siempre en la debida consideración tanto los dones personales (naturales y sobrenaturales) de los sacerdotes, como las situaciones concretas en las que viven las diversas comunidades.

De la equilibrada conjunción de estos elementos deriva la legítima diversidad de las figuras presbiterales, que reclaman ser armonizadas en la común referencia al Obispo, con el que la comunión personal es garantía de fecundidad apostólica.

Uno de los deberes más relevantes, dentro de esta amplia misión es, sin duda, el anuncio y encuentro personalizado que llamamos comúnmente “dirección espiritual”.

2. La dirección espiritual, ministerio pastoral “personalizado”

¿A quién da la vida el Buen Pastor? ¿A quién habla?

No es simplemente a la masa, sino a *cada uno*: llama a sus ovejas, “una por una” (Jn 10, 3). Plasma su cuidado sobre la condición de cada uno.

Hacerse instrumento de *tal* Pastor comporta, por lo tanto, una *atención específica por cada uno*. Sólo si una persona advierte sobre sí el amor de Cristo se deja conquistar por Él.

Cuando san Pablo contempla lo que él llama “el misterio” de Dios, preparado antes de la creación del mundo, cumplido en Cristo, continuado en la historia, queda admirado; pero su conmoción llega al colmo cuando puede decir que todo cuanto vive y sucede es “por Él”, “por Cristo”. “Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí: la vida que sigo viviendo en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Gal 2, 20).

Nadie acusará seriamente a Pablo de individualismo: es el teólogo de la Iglesia, cuerpo de Cristo y pueblo de Dios; aquí, más bien, el intento del Apóstol de la gentes es pasar a través de la Iglesia, pero para llegar a la determinación última del amor de Cristo, que no puede ser sino *la persona*, única y singular, irrepetible. Cristo ha dado

su vida no por una masa indistinta sino por cada hombre concreto, personalmente creado, amado y llamado a la participación de la misma vida divina.

Pablo no se ha contentado con admirar el amor de Jesús por cada uno, sino que ha “replicado santamente” la misma metodología, el método de Cristo, en su ministerio misionero.

Sus cartas están tachonadas de nombres propios (más de cuarenta) y de referencias a las más variadas condiciones personales. Esta atención nace del hecho de que el Apóstol se siente no simplemente “guía”, “presidente” o “jefe” de sus comunidades, sino verdadero y propio “padre” (1 Tes 2, 11; 1 Cor 4, 15) e incluso “madre” (1 Tes. 2, 7; Gal 4, 19) porque los ha generado, en el Espíritu.

Un auténtico engendrador no toma en custodia “*genéricamente*” a los propios hijos, sino *específicamente* a cada uno de los hijos, plasmando el propio afecto y los propios cuidados en las diversas situaciones de cada uno de ellos.

La actitud de Jesús se comunica también a los apóstoles, y de estos a sus colaboradores y sucesores. La ordenación sacerdotal transmite la gracia de una paternidad y maternidad “personalizadas”, atentas a las condiciones de cada uno, plasmadas sobre la persona y nunca sobre la masa. ¡El ministerio no puede jamás estar hecho de demagógicos eslóganes, genéricos y mediáticos!

Tras las innumerables declinaciones de esta actitud pastoral de Jesús y de los apóstoles, el ministerio de la dirección (o acompañamiento) espiritual es, para el sacerdote, el instrumento más adaptado para hacer resonar la voz del Buen Pastor en la condición de *cada uno*, a llamar a cada persona, “una por una”, a seguir a Cristo.

La vida espiritual del sacerdote que dedica tiempo y energías en este ministerio se conforma así con la atención del Buen Pastor por cada uno.

En un sacerdote que no hiciera dirección espiritual o confesara poco no se imprimiría a fondo una importante característica del Buen Pastor: la atención a la persona concreta.

Por eso, San Juan Pablo II afirma con fuerza que los sacerdotes deben ser “los primeros en dedicar tiempo y energías a esta labor de educación y de ayuda espiritual

personal. No se arrepentirán jamás de haber descuidado o relegado a un segundo plano otras muchas actividades también buenas y útiles, si lo requería la fidelidad a su ministerio de colaboradores del Espíritu” (*Pastores dabo vobis*, 40). Un ministerio que, de diversos modos, ayuda al mismo sacerdote a recuperar el centro unificador de su vida: la relación vital con Cristo en el Espíritu Santo.

Hoy, más que contestada, como lo fue hace algún decenio, la dirección espiritual es descuidada: los sacerdotes, desgraciadamente, muchas veces no encuentran tiempo para "perder" con una sola persona, tanto más cuanto la dirección espiritual es un servicio no demasiado gratificante, reclama silencio, escucha, paciencia, es escondido, a menudo consolador e invisible. Pero ¡son precisamente las obras que sólo los ángeles y Dios ven las que mayormente robustecen nuestra fe! ¡Que no sepa la derecha lo que hace la izquierda!

La dirección espiritual es, verdaderamente, un instrumento efficacísimo en el contexto de fragmentación y complejidad de la cultura actual.

No es suficiente, todos lo advertimos, la catequesis de grupo para formar al cristiano: hoy no se pueden presuponer valores comunes y aceptados por todos. A causa del relativismo imperante, cada uno, especialmente si es adolescente o joven, es un mundo complejo, en cuyo interior se entrecruzan problemas, tensiones, propuestas, modos de pensar...

Los jóvenes, especialmente, respiran toda la potencia desorientadora del mundo de hoy y esto hace todavía más necesaria una guía también personal, que les ayude a encontrar un centro de unidad, sobre todo en las elecciones fundamentales de la vida.

En todos, de hecho, pero más especialmente en los jóvenes, conviven hoy modos de pensar y de actuar, valores e ideas, de proveniencia tan heterogénea que se crea casi naturalmente una tendencia sincretista y relativista en la que difícilmente se orientan por sí mismos.

Tienen necesidad de ser escuchados “uno por uno”, tienen necesidad de que, pacientemente, se les ayude a resolver tantos problemas que coexisten en cada uno de ellos. Tienen necesidad de experimentar, en los hechos –porque en palabras la

demagogia juvenil es abundante— que son verdaderamente importantes para alguien: y la demostración más concreta de tal interés es que alguien les ofrezca — personalmente— el tiempo de la escucha.

Es la relación personal la sede en la que el sacerdote más fácilmente escucha, lee la experiencia, busca el punto de inserción del anuncio cristiano. De otro modo, si no se habitúa a la relación interpersonal profunda, al “tú a tú” del diálogo espiritual, el ministro pierde fácilmente el contacto con la situación vivida por las personas y corre el riesgo, en su predicación y actividad, de dar respuestas a preguntas que no existen, que nadie se hace o que todavía no se hacen. ¡Y no hay nada más inconcebible que la respuesta a una pregunta que nadie se hace! A veces en la pastoral somos reaccionarios creyendo ser muy modernos: recuperamos lenguajes y métodos “sesentañeros” olvidando que aquellos años y aquellas problemáticas han quedado ampliamente superados.

Precisamente en la realización de este difícil ministerio de “unificación” de la vida de las personas el sacerdote mismo “vuelve a centrar” la propia vida en Cristo Pastor.

El entrenamiento en la búsqueda de “la clave del problema” en las situaciones a menudo complejas que se nos presentan facilita el reconocimiento de lo esencial, también en cuanto respecta a la propia situación personal y ministerial.

El ejercicio del ministerio de la dirección espiritual, por tanto, integra y unifica la vida del sacerdote en cuanto que, forzándolo a dedicar sus energías al corazón de las personas a él confiadas, al *núcleo* de su recorrido humano y cristiano, lo impulsa a recuperar él mismo el *centro* del propio discipulado y, por tanto, del propio apostolado. El sacerdote, sirviendo a los hermanos como humilde guía espiritual, se interroga sobre las propias elecciones, sobre la radicalidad del propio seguimiento de Jesús, sobre las razones profundas de la fe y de la vida cristiana, sobre la verdad del anuncio evangélico a él confiado, para sí mismo y para los demás.

La “caridad pastoral” es el elemento unificador de la vida y del ministerio presbiteral en sus diversos componentes, como afirma San Juan Pablo II: “Mediante la consagración sacramental, el sacerdote se configura con Jesucristo, en cuanto Cabeza y Pastor de la Iglesia, y recibe como don una «potestad espiritual», que es

participación de la autoridad con la cual Jesucristo, mediante su Espíritu, guía la Iglesia. Gracias a esta consagración obrada por el Espíritu Santo en la efusión sacramental del Orden, la vida espiritual del sacerdote queda caracterizada, plasmada y definida por aquellas actitudes y comportamientos que son propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia y que se compendian en su caridad pastoral” (*Pastores dabo vobis*, 21).

Si esto es verdad, entonces esa forma de ejercicio “personalizado” de la caridad pastoral que es la dirección espiritual unifica e integra, con la máxima profundidad posible, los diversos aspectos de la vida y del ministerio presbiteral, porque alcanza el “corazón” mismo (también) del guía espiritual, la sede de las elecciones y de los afectos, el lugar en el que la gracia trabaja con mayor intensidad.

Hacer, ofrecer dirección espiritual es por tanto, y en definitiva, cumplir un ejercicio de continua conformación con el Buen Pastor, es decir, volver a centrar el ministerio en Aquél que es el quicio y la fuente.

Que nos ayude la Bienaventurada Virgen María, la que está perfectamente conformada con la voluntad divina, a ejercitar este fundamental ministerio que perfecciona nuestra configuración con Cristo, centro del cosmos y de la historia y centro de nuestra existencia sacerdotal.